

EL dibujante Joan Ferrándiz, cuando se acerca la Navidad, se convierte en un artista noblemente admirado y querido. No olvidemos que gracias a él mucha gente de buena voluntad ha terminado por aficionarse a elicitar a sus familiares y amigos utilizando sus poéticas «nadales».

Antes que Ferrándiz irrumpiese con sus ilustradas glosas navideñas, nuestro mercado de la felicitación se regía generalmente por una estamperia de signo azucarado, pródiga en ribetes y cantos torados, de una religiosidad más bien de bisutería. También se solía recurrir a la postal clásica, alusiva a la festividad, y que generalmente iba acompañada de un pareado a la manera de la ingenua felicitación que nos ofrecía el vigilante del barrio:

Que las pasen muy felices
comiendo pavo y perdices.

Algunos optaban por las conocidas reproducciones museísmuseísticas impresas con gran dignidad tipográfica. Y los que no eran partidarios de las postales de matiz piadoso, solían pasarse a la temática gastronómica, a las flores, o

bien al paisaje fluvial, con embarcación y barquero incluidos. El «Jarrón de flores e insectos», de Jan Brueghel; «La liebre con olla de cobre», de Chardin, o algún paisaje nevado con figuras de Peter Brueghel, el Viejo, gozaban de clientela propia. De este autor, el tema «El empadronamiento de Belén» resultaba discretamente alusivo y les iba que ni pintado a los que, según decían, preferían no significarse.

Ferrándiz se sirve de un mundo navideño poblado de juveniles pastores, dóciles borricos, corderos de confiado mirar, patos charlatanes,

sabias tortugas, liebres avispadadas, palomas viajeras, pájaros cantores...

Para crear y animar tales «nadales» se precisa, además de un gran bagaje de ternura, poner en juego un ponderado y poético sentido del humor. Ferrándiz ha conseguido ofrecernos un personalísimo retablo navideño saturado de sencillez, con un trasfondo de contenida alegría palpitando en cada ilustración, sin caer en el tópico.

Resulta curioso y digno de subrayar el hecho de que los dibujantes Valentí Castanys y Joan Ferrándiz coincidan en una signi-

ficativa y anecdótica preferencia: la de elevar la «figura» del paraguas a la categoría de tema central en varias de sus composiciones. Bien que ambos en un sentido diametralmente opuesto. Los paraguas de Ferrándiz son paraguas de paz, paraguas para, una vez invertidos y desplegados a varillaje abierto, poder colmarlos de estrellas; paraguas agujereados, aptos para espiar la luna bajo la lluvia; paraguas en función de autopista para disfrute de caracoles deportistas, etc. Castanys, en cambio, caricaturizaba el paraguas: confiéndole nada menos que bélicas y agresivas funciones. ¿Quién no recuerda los paraguas («anar a cops de paraigua») de nuestros aficionados al fútbol acometiendo a los rivales de turno, o bien al árbitro, y que en tantas ocasiones habían protagonizado la portada del semanario «XUT»?

Yo felicito a Joan Ferrándiz, maestro —valga la redundancia— en el arte de felicitar, por sus personalísimas «nadales» de 1978. Y le agradezco rendidamente que nuestra «senyera», servida a punta de lápiz, ondee gloriosamente en ellas.

PUNTO DE MIRA

Manuel Amat

Joan Ferrándiz